

Deleite

Juliana Vélez Loaiza
Universidad del Valle

Recibido: abril de 2008; **aprobado:** mayo de 2008

Revista *Légein* N° 6, enero - junio 2008: 23 - 38

ISSN 1794-5291

Juliana Vélez Loaiza

Estudiante de filosofía de décimo semestre de la Universidad del Valle. Orientada por la línea fenomenológica y estética, actualmente trabaja en la redacción de su tesis, en la misma institución. También trabaja con la fundación Carvajal en el área de educación con las centrales culturales, y realiza proyectos en convenio con otras fundaciones para la difusión de la cultura y la sensibilización tanto en la ciudad de Santiago de Cali como en el municipio de Yumbo. Profesora particular de idiomas —francés e inglés— y apreciación musical.

Correo electrónico: freemotel@hotmail.com

DELEITE

Juliana Vélez Loaiza
Universidad del Valle

RESUMEN

El análisis que intento adelantar se refiere al estado propio de la sensibilidad que llamamos “deleite”. Dicho estado, involucra tanto al placer como al dolor en la medida en que se ubica en medio de los dos como un “placer relativo”, que nace de nuestra urgencia por escapar al dolor. El inconveniente que existirá entonces, bajo la pretensión del mencionado escape, consistirá en perder, en tal empresa, la congoja de los momentos de dolor que nos hacen ser conscientes de la realidad en la que vivimos y nos permiten, de la misma manera, procurarnos el movimiento necesario hacia la acción. La acción, será pues el último término que trataré de esbozar en el presente ensayo, tomándola básicamente como el ejercicio del despertar de una cierta conciencia que nos sitúa y nos advierte acerca de la importancia de enfrentarnos con el mundo del que hacemos parte para finalmente, hacerlo verdaderamente nuestro.

La idea que en definitiva ha motivado este análisis, ha sido lo livianas y grises que parecen nuestras existencias encerradas en el deleite individual, escondidas del legítimo embeleso del placer y del legítimo estertor del dolor, momentos ambos que nos proponen la belleza de que son capaces nuestras acciones.

Palabras clave: deleite, gusto, sensibilidad, placer, dolor.

RÉSUMÉ

L'analyse que je prétends proposer c'est l'un de l'état propre de la sensibilité qu'on appelle Délice. Dit état, réunit tant le plaisir comme la douleur, à mesure qu'il est situé dans le moyen des ces deux comme un «plaisir relatif», qui naît en fin, de notre urgence pour s'échapper de douleur. L'inconvénient maintenant, sous la prétention de l'escapade mentionnée, sera de perdre, dans cette entreprise, l'angoisse des moments de la douleur lesquels nous font conscients de la réalité où nous vivons et nous permettent aussi le mouvement nécessaire pour l'action. L'action, sera alors, le dernier terme que je essayerai d'ébaucher dans le présent essai, en le prenant principalement comme l'exercice du réveiller d'une certaine conscience, que nous situe et nous alerte à propos de l'importance qui nous arrive quand on fait face au monde dont on fait partie, pour le faire propre.

L'idée que finalement a motivé cette analyse, c'était l'un de regarder nos existences si légères et si grises, enfermés dans le délice individuel, cachées du légitime enchantement du plaisir et de la légitime agonie de la douleur, moments tout les deux qui peuvent nous proposer la beauté de nos actions.

Mots-clés: délice, gout, sensibilité, plaisir et douleur.

Pero una vez asegurada su posesión, el racionalismo de la vida social se tornará en fuente de aburrimiento, y el placer de lo bello resultará insuficiente para exorcizarlo

Lisímaco Parra París

La vida de la humanidad transcurre rutinariamente sin darse siquiera buena cuenta de que siempre existe la posibilidad de hacer y cometer errores terribles para nuestra historia. Los individuos de los que hablo, son personalidades enfrentadas a contrariedades y crudezas que parecerían revelarles cara a cara la magnitud de la realidad por la que atraviesan, que padecen y ocultan, y la que, después de todo, es causante de pulsiones, vivencias placenteras o dolorosas. Hay sin embargo entre los seres de hoy, una suerte de endurecimiento, casi como una aversión que impermeabiliza aquello que es inherente a todos los seres vivos; la sensibilidad. Se ha vuelto costumbre vivir en estado de letargo, de inactividad, de deleite.

Encontrando entonces que la sensibilidad es una facultad importante para entrar en situación respecto del mundo que nos rodea, es decir, para confrontarse a sí mismo con su época y tomar distancia de la misma con el fin de conocer y mostrar las posibilidades de experiencia a que ésta nos conduce, he querido acercarme por medio del gusto, del placer, del deleite y del dolor a la relación que se ha planteado entre el ser humano y los objetos que le son perceptibles a través de sus sentidos, y a partir de una cierta sensibilidad derivada de la visión de mundo de los sujetos de una época dada; esto, aún cuando sólo llegue a aproximarme muy escuetamente. Seguidamente, he de decir, que, para llegar a una observación puntual y determinante entre lo que he acuñado con el término “gusto” y lo que he llamado aquí “deleite”, basaré dicha observación principalmente en el libro *De lo sublime y de lo bello* escrito por Edmund Burke, así como en la introducción del libro *Todo lo sólido se desvanece en el aire* de Marshall Berman. El objetivo de este escrito, más puntualmente, es intentar acercarme con una posible respuesta al problema del tratamiento del dolor como agente indispensable, no sólo para el ejercicio de nuestra sensibilidad, sino además como productor de un cierto “placer relativo” en el que vivimos inmersos, —que determina la sensibilidad expuesta—, que impide sentirnos en presencia de un verdadero placer, y, lo más importante, dar paso a una

DELEITE

acción legítima como la que es movida por lo sublime. He de aclarar que no trataré aquí lo sublime, pero, hago referencia a este concepto, pues es en la admiración e impacto profundo que éste nos ocasiona en donde la mencionada acción es obligatoria.

Inicialmente empezaré por explicar lo que está detrás del planteado problema. La razón por la cual he decidido hablar tanto del gusto como del deleite es principalmente por la correspondencia que encontramos entre el primero y lo que llamamos “placer verdadero”, y entre el segundo y “el dolor”. No pretendo con esto afirmar que el placer y el dolor sólo se dan a causa de estas formas de sentir ni mucho menos que sean estos los únicos que exciten en el hombre tales sensaciones más profundas; lo que sí pretendo es mostrar de qué manera por medio del gusto nos descubrimos en capacidad de presenciar un placer genuino y, por medio del deleite, vemos con claridad las magnitudes del dolor y del placer, siendo éste un cierto placer dependiente del mencionado dolor, al tiempo que un mediador entre el placer y el dolor que se tienen como opuestos. He de aclarar también que del placer hablaré con brevedad porque es, en este caso, el gusto el que se constituye en elemento que mide una cierta afinidad con lo placentero de los objetos y con base en el cual podemos hacer juicios personales o generales, es decir, juicios acerca de lo que nos gusta; mientras el placer, como ya he mencionado, constituye una vivencia, una pasión momentánea que incidirá en la formación del gusto. En definitiva, trataré de mostrar la implicación estética que tiene sobre nuestra sensibilidad el hecho de conservar el entusiasmo infundado del sentimiento moderno, esa “conducta racionalizada”; más aún intentaré exponer por qué podemos aún decir que somos hasta cierto punto modernos, basándonos en el estado que he llamado “deleite” y que concentra aquel “mundo en donde todo está preñado de su contrario”¹, un escenario irónico, de-construido en millones de individualidades confundidas, indolentes y haraganas.

Así, es fácil aceptar, por el grado de evidencia que vivimos, el hecho de que todos los seres vivos y más puntualmente los seres humanos tenemos la capacidad de establecer relaciones con los objetos del mundo debido a que poseemos ciertas “potencias naturales” como “los sentidos —en el caso de los animales, y sumados a estos— la imaginación y el

¹ BERMAN, Marshall, (1991), p. 8.

juicio”² en el caso de los seres humanos. Los sentidos, salvo en casos extraordinarios en los que se presenten alteraciones o modificaciones, están prácticamente dispuestos de igual forma en todos los seres; pues bien, bajo esta consigna diremos entonces que existe una forma similar de percibir los objetos que nos rodean; cualidades como la dureza, la dulzura e incluso lo bullicioso y lo pestilente son distinguibles y quienes se expongan a dichas cualidades estarán de acuerdo en que cada cual es tal. Lo que quiero decir con esto es que en un estado no alterado de los sentidos habrá que saber calificar lo dulce de “agradable” y de aquí como “placentero”, mientras que lo amargo será desagradable y por tanto concerniente al dolor; teniendo de la misma manera en cuenta que, lo agradable y desagradable de las cualidades de las que hablamos tampoco ha sido modificado por la costumbre, esto es, que lo que naturalmente produce agrado o desagrado a los distintos gustos, no lo haga debido a predisposiciones hacia ciertas sensaciones. De cualquier manera, en este caso no dejará de distinguirse un sabor, olor o lo que fuere como agradable o desagradable si no es tal; entonces existirá una suerte de relatividad en el gusto a partir de las diversas costumbres impresas en los diversos hombres y mujeres, y siempre podrá otorgarse un repentino gusto por el café amargo, por ejemplo, a las mencionadas costumbres. El gusto general, por el contrario, es aquel que se basa en los sentidos para calificar determinado objeto; y es en él en el que me apoyo, no ya en el que un ser humano particular tenga de un objeto particular; Esto con el ánimo de hacer a un lado los prejuicios, las rutinas y aberraciones. Aquí quizá debamos hacer una precisión: al primero de los gustos que tratamos podríamos llamarlo también un gusto “estético subjetivo”, lo que quiere decir que dicho gusto como hemos dicho, dependerá del placer que a cada sujeto cause determinada experiencia u objeto, dependiendo de sus costumbres que permean las cualidades que el sujeto interpreta de los objetos; En el caso del segundo gusto, la idea es que éste, naturalmente se encuentra en los seres humanos como una suerte de intuición de belleza (generadora de placer) que se fundamenta en los sentidos para permitirnos una valoración estética objetiva, a partir de nuestro contacto con la “uniformidad en la variedad”³ presente en la forma de la entidad observada. Al hablar de dicha uniformidad nos enfrentamos con un reto mayor: tratar de conciliar

² BURKE, Edmund (1995), p. 9.

³ Cfr. PARRA, Lisímaco (2007), p. 138.

estos dos gustos necesarios en un individuo para poder discernir con precisión entre sus gustos particulares —acostumbrados— y un gusto que lo desborda, por cuanto, aunque requiera de su atención para poder ser advertido, se encuentra en algunos objetos externos como armonía y ya no depende del sujeto. Mas, de lo que se trata ahora es de hacer la diferenciación entre ese momento estético subjetivo y estético objetivo con el fin de ocuparnos sólo del que nos acerque a una contemplación universal para hacer posible el análisis.

En resumidas cuentas, la idea para llegar a hablar del gusto es, que éste se refiere —según Burke— a una propensión hacia algo que causa naturalmente un placer.; Lo que lo hace natural es pues la idea de que dicha propensión es común a todos los hombres de igual manera, siempre que causas extraordinarias no hagan variar las percepciones sensoriales. Para el caso contrario tenemos, sin lugar a dudas, el ejemplo de las medicinas o el alcohol; en ambos casos la producción de placer no puede reconocerse como objetiva sin más; las primeras por el ejercicio de control que ejercen sobre la sensación como productoras de beneficio y el segundo, por su conocida capacidad de embriagar, genera una suerte de adicción o bien, predisposición que no puede tomarse nunca como gusto objetivo y debido a que está mediado por otras causas, es pues un gusto viciado “por costumbre”⁴; esto siempre y cuando, en vez de una mirada juiciosa al placer y su objeto optemos por un gusto que, aunque cause un placer legítimo, lo hace de manera automática, pre-juiciosa.

Cabe resaltar también que el verdadero gusto, podemos entenderlo desde Burke, como aquel gusto general y natural propio de todos los hombres en cuanto poseen sentidos. Podemos decir que estamos hablando de percepciones directas que recibimos a partir de distinguir ciertas cualidades de lo real y que excitan inmediatamente un agrado en quien percibe; agrado que podrá prolongar o anular yendo un poco más allá de lo real mismo, como veremos más adelante. Dicho gusto nos conduce hacia el verdadero placer; aquí la idea de “verdadero” se comprende también a partir de lo “positivo” propio de aquel, es decir, del hecho de que no dependa de ninguna utilidad o efecto secundario para ponernos de cara con el placer mismo.

⁴ BURKE, Edmund (1995), p. 11.

Ahora bien, cuando hablamos del gusto en términos generales, esto es, estableciendo una relación de agrado o desagrado con los objetos del mundo, debemos considerar todas las ideas generadas por dichos objetos respectivamente, relacionadas con sus cualidades. Cuando nos encontramos ante un objeto, aparte de las múltiples sensaciones que nos suscitan sus cualidades, nos encontramos también con ideas que surgen de las mencionadas sensaciones que nos permiten estimarlas a modo de penas o bien de placeres. Quizá Burke haya pensado en la caracterización de las ‘cualidades primarias’ de John Locke⁵ al proponerse destacar dichas cualidades propias de los objetos y aún en las ‘secundarias’, al hablar de las sensaciones, digamos, internas del sujeto que posibilitan la retención de una representación del objeto en nuestra mente, como objeto relativo a nuestro modo de pensar o sentir. A lo que me refiero no es sino a que la mente humana, siendo capaz de abstraer de una simple sensación una idea de lo que dicha sensación produce, puede también representarse imágenes a partir de sus abstracciones. Lo que Burke ha llamado “poder creativo” no es sino lo dicho, a lo que además suma la capacidad de combinar a su antojo las imágenes derivadas de recepciones sensoriales y llama posteriormente “imaginación”.

La imaginación juega un papel importante en la comprensión del gusto y el dolor debido a que es uno de sus campos más vívidos. El simple recordar un evento o cosa que haya generado un placer tan grande como la fragancia de un jazmín o la dulzura de una manzana, trae de nuevo el objeto al presente y genera un placer igual o mayor según sea la intensidad del recuerdo. Así, mientras lo recordado o creado a partir de la combinación diversa de las imágenes almacenadas sea en mayor grado semejante al objeto real, tal y como en una obra de arte la correspondencia sea más exacta, dichas imágenes producirán más placer. El gusto entonces encuentra “placer en lo semejante”⁶ y más placer en lo más semejante. Lo dicho se distancia totalmente de las fastidiosas comparaciones de diferencias en donde se entorpece y corta el ritmo armonioso de lo paralelo, de lo afín. Estos son cánones que se dan para todos los hombres con base en el gusto que en ellos pueda llegar a darse; sin embargo, hay una diferencia de grados o

⁵ LOCKE, John (1999), p. 113.

⁶ BURKE, Edmund (1995), p. 12.

niveles en el gusto que dependen del alcance que tenga determinado hombre en el conocimiento del objeto. Dicho conocimiento se diferencia gradualmente de otros: parte de la experiencia y la observación, y es precisamente en este punto en donde radica la diferencia de gustos. El gusto ordinario es común a todos los hombres con independencia de sus prejuicios y hábitos pues parte de la apreciación de los sentidos; pero existen grados del gusto en los cuales no varían ni la manera en que son afectados los sentidos de diferentes individuos ni las causas de la afección misma, sino que, la diferencia que permite esta escala de gustos consiste en una sensibilidad natural propia de algunos, y/o en una mayor atención o cercanía al objeto en cuestión.

Cuando hablamos del “gusto crítico”, hablamos de un conocimiento superior del objeto, es decir, que es un gusto que basará sus juicios en una amplia experiencia y en una observación detallada de las partes y cualidades que componen lo percibido. Dice Burke, que el gusto es “aquella facultad o aquellas facultades de la mente, que se ven influenciadas por, o que forman un juicio acerca de, las obras de la imaginación y las artes elegantes”⁷. Aquí, primordial es reconocer además, que el juicio al que me refiero no obedece a un juicio racional; antes bien, las cualidades tenidas por “rationales y pulcras” hacen las veces de obstáculos para el encantamiento que trae consigo el placer. No se trata pues, de atender detenidamente al significado condicionado por un sistema o medio que se le ha dado a un cierto objeto, sino, de proyectar, a partir de la sensación que nos suscite el objeto, un sentido más originario del objeto mismo, o, si se quiere incluso, ser el objeto en el momento de contemplación. Para proponer un ejemplo cotidiano, en el caso de una persona que sienta desagrado por la leche cruda, el evocarla como ingrediente principal del helado, generaría en ella una aversión al disfrute que en tantas otras ocasiones, sin pensar siquiera en ello, le ha llegado a provocar dicho helado. Habría que ver, de igual forma, si este desagrado es causado por algún tipo de predisposición y además, si vale siquiera la pena detenerse a encontrar razones para o bien el gusto o bien el desagrado antes de dedicarse por completo al goce del placer mismo. Mas, es de vital importancia estar de acuerdo con que esta última instancia ostenta un problema: El mencionado encantamiento propio del placer, embelesa y he aquí lo que comienza por soportar mi tesis, en tanto distrae.

⁷ Cfr. BURKE, Edmund (1995), p. 8.

Ahora bien, es por la imposibilidad de generar un juicio que hablamos de un “gusto incorrecto”; la sensibilidad puede ser fortalecida y el juicio ejercitado; pero, en este caso, no podríamos basarnos en la cercanía al placer como maestro para el ejercicio de la sensibilidad, sino más bien, en el dolor propiamente hablando. ¿Por qué en el dolor? Porque como acabo de adelantar, mientras el placer maravilla, encanta y nos distrae haciéndonos contemplar una totalidad en donde todo está dispuesto de acuerdo con el sentido de lo agradable en el objeto de contemplación, el dolor nos aturde, nos arrastra hacia él y enfoca nuestra atención en cada una de las disonancias o razones de desagrado frente al objeto. El dolor nos pone en situación; no esconde unas cualidades para hacer primar otras, no embelesa, tortura, y la tortura nos obliga a repasar con atención cada una de las características en nuestra experiencia dolorosa.

El dolor tal y como el placer, es una pulsión, una pasión, casi como un estado propio de la sensibilidad presente en todos los seres que brota de la proximidad con el peligro. La conciencia del dolor es propia de la raza humana que siente amenazado por aquél, su sentido de conservación. El dolor puede estar relacionado con lo corporal, pero hay también momentos de dolor mental que, de acuerdo con Burke, reconocemos como miedo o terror.

La diferencia fundamental entre el placer y el dolor, y que hace al dolor fuente estimulante para la sensibilidad, es, que mientras el placer se relaciona con la belleza y por tanto con la suavidad, la delicadeza, la calidez, la uniformidad y lo continuo, el dolor lo hace con la fealdad y por ende con el terror y el miedo, la dificultad, el trabajo, la ocupación, la discordancia y la tensión. No me he referido aquí al trabajo como aquel término capitalista que infiere de un trabajo, producción; lo que entiendo por trabajo no es más que un compromiso, una labor que necesariamente tiene en su elaboración dificultades y responsabilidades. En ambos casos, la persona que experimenta dolor o placer se encuentra respectivamente ante una acción propuesta; mas, es bajo dolor o bajo terror, que la mencionada persona se verá en la necesidad de actuar. Si bien al experimentar placer nos sorprendemos queriendo perpetuar el mismo, cuando experimentamos dolor no existe causa alterna, diferente de ésta, que nos mueva, ni divagan nuestros pensamientos entre sueños y expectativas; somos más pasivos frente al placer. El dolor en cambio nos empuja hacia el actuar con el fin de que terminen de una vez nuestros padecimientos cuando son éstos excesivos. En definitiva, es

necesario para “mantener a los órganos más finos y a los más torpes en su función”⁸.

De la misma forma, de acuerdo con lo ya dicho podemos caracterizar el placer, como el agrado que ciertas cualidades propias de las cosas nos provocan a través de los sentidos; y es necesario pensar en el gusto como aquella facultad que se nos muestra posterior al placer, que presenta grados y que de acuerdo con el grado en el que se encuentre, permite plantear juicios, discernir y, con esto, generar un equilibrio estético-ético, en torno a la causa de un agrado y/o desagrado. El equilibrio al que me refiero nace de la posibilidad de enfrentar diversos gustos a una realidad estética para comprender hasta qué punto la cultura mueve nuestro juicio individual respecto de lo placentero y lo no placentero. Lo que podríamos inferir de todo esto es que el individuo estaría en presencia de una perturbación de su “conciencia lógica” al enfrentarse con situaciones que le plantea su época; es por esto además, que hemos intentado dejar a un lado la razón y nos hemos dedicado más bien a proponer una “conciencia estética” de la cual podamos en últimas depurar una conciencia sincera o, verdadera de nuestro entorno.

Llegado este punto, es necesario indagar respecto de aquel mediador que he encontrado entre el placer y el dolor justamente porque desde los primeros modernos hasta nosotros se ha convertido en la visión que surge como respuesta al caos de la vida, específicamente de la vida moderna. El deleite es descrito por Burke, como un estado de inactividad que se presenta tras la “remoción de dolor”⁹; es por esto que es llamado también un “placer relativo”. La diferencia que existe entre este llamado placer relativo y el verdadero placer es que el primero depende del dolor o más precisamente de su disminución para presentarse, mientras que el otro se presenta por sí mismo, es decir, no hay causa que lo motive que no esté implícita en él. Cuando el deleite aparece hablamos de un estado de “relajación, dilatación, melancolía y abatimiento”¹⁰. Existe un sentimiento, asociado a éste, de mayor vulnerabilidad y, sin embargo, no alcanza dicho sentimiento para llevar, hacia la acción a quien se encuentra deleitado; La actividad en términos de acción se supone siempre comprometida con alguna causa que la

⁸ *Cfr.* BURKE, Edmund (1995), p. 24.

⁹ *Cfr.* BURKE, Edmund (1995), p. 25.

¹⁰ *Cfr.* BURKE, Edmund (1995), p. 26.

mueve, la impulsa. En el deleite en cambio, encontramos indiferencia, que no es otra cosa, siguiendo a Burke, que esa “mezcla de placer ante el recuerdo del objeto de placer y dolor por la pérdida de éste”¹¹. Este sentimiento nos lleva sin duda a una consternación, a un presenciar un dolor o terror inmensos sin ser partícipes de ellos; a estar sumergidos en una burbuja y ver cómo todo lo más terrible y escandaloso pasa por nuestro lado sin que ello nos toque, nos desafie a contestar, a actuar en contra de eso que, una vez intensificado, nos ocasiona tanto daño. Nos causa inmensa curiosidad sentirnos aterrados al presenciar que otro sufre; mas no queremos sufrir directamente así esta determinación acabe por alejarnos del placer tanto como del dolor.

Como podemos inferir a partir de lo dicho, al hablar del deleite como hasta ahora lo he hecho, busco hacer a un lado las múltiples ideas que relacionan el deleite con una suerte de momento cumbre de los sentidos, una excitación estridente; antes bien, debe comprenderse el término como el puente que existe en el abismo del dolor al placer y como el estado al que nos ha inducido la vida moderna, además de ser la razón por la cual quizá aún no la hemos superado. Dice Rousseau en su novela *La nueva Eloísa*, refiriéndose a la vida moderna en la que se ve sumergido:

Estoy comenzando a sentir la embriaguez en que te sumerge esta vida agitada y tumultuosa. La multitud de objetos que pasan ante mis ojos, me causa vértigo. De todas las cosas que me impresionan, no hay ninguna que cautive mi corazón, aunque todas juntas perturben mis sentidos, haciéndome olvidar quién soy y a quién pertenezco¹².

La idea de esta embriaguez propuesta por el pensador francés, evoca indubitablemente la idea de deleite; percibimos constantemente y, somos afectados constantemente hacia el dolor, el placer o el deleite. No obstante, el momento del deleite se ha ido haciendo excesivamente duradero, al punto que vivimos deleitados. El deleite se presenta porque quizá no somos lo suficientemente modestos para vivir en el placer, ni lo suficientemente osados para vivir en el dolor. Nuestro estado

¹¹ Cfr. BURKE, Edmund (1995), p. 30.

¹² ROUSSEAU, J.J. citado en BERMAN, Marshall (1991), p. 4.

más recurrente es aquel en el que sólo se vislumbran lejanas huellas de un placer que fue, o un dolor que cesó. No me atrevo a afirmar que puedo encontrar una causa precisa para esta predisposición moderna hacia una indiferencia; sólo creo poder, partiendo de algunas de las características modernas mayormente exaltadas, llegar a justificar en gran parte, la apatía de la Modernidad. Entonces, quizá las frecuentes revoluciones del siglo XIX de las que nos habla Marx, como “pequeños hechos episódicos”, agotaron la sensibilidad y paciencia de las futuras generaciones que buscaron individualizarse para procurarse un bien propio y, particular, antes de seguir con una agotada guerra de mayorías; tal vez “la humanidad moderna se encontró en medio de una gran ausencia y vacío de valores pero al mismo tiempo, una notable abundancia de posibilidades”¹³. Posiblemente, pero con ello se pierde un horizonte y sentido de la vida, y, se desbocan nuestras voluntades e instintos hacia tantas regiones, que con dificultad podemos emprender una empresa que no sea sólo nuestra. Dicho a modo de Nietzsche, nos encontramos ante “el advenimiento del nihilismo”¹⁴, ante el deleite como la posibilidad de distanciarnos de un verdadero placer y de un verdadero dolor, y todo a razón de evitarnos la fatiga de la acción a la que éstos nos inducen.

Toda acción, como adelantaba anteriormente, tiene por bandera un cometido; esto es, la obligación de llegar a un lugar de culminación de la tarea que ha sido propuesta. En el caso de “caminar”, por ejemplo, que puede tener por objeto varios móviles: Llegar de un lugar a otro, oxigenar nuestro cuerpo a modo de deporte o simplemente hacernos perder por un rato de lo que habitualmente nos rodea para aclarar nuestra mente. Así, todas las acciones, tienen una proyección y un proceso en el cual se hacen presentes placeres y penas. La acción que adelantó la Modernidad basó su intención en deshacer las comunidades, en exaltar lo individual y desechar la búsqueda de una construcción común de mundo dando paso a un nuevo sujeto: la máquina. “Con unas máquinas resplandecientes y unos sistemas mecánicos que desempeñan todos los papeles principales —[...] el sujeto es la fábrica—, al hombre moderno le queda muy poco que hacer que no sea enchufar las máquinas”¹⁵.

¹³ BERMAN, Marshall (1991), p. 8.

¹⁴ BERMAN, Marshall (1991), p. 8.

¹⁵ BERMAN, Marshall (1991), p. 14.

Cada vez que se desprende el ser humano del entorno que conoce, de la búsqueda de sí mismo a partir de la socialización que le es propia, cada que no se atreve a adelantar una acción que lo ponga en situación frente a su realidad, se le da prioridad a la dispersión y a la falta de compromiso histórico en cuanto no crea mundo, se deja del mismo, además de que se subordina a los efectos estéticos de la inercia antes que relacionarse sensiblemente con su época permitiéndose estar en disposición de discernir entre lo placentero y lo doloroso de la misma: “hemos perdido o roto la conexión entre nuestra cultura y nuestra vida”¹⁶. Ya no queremos realmente vivir bajo el precepto de desear ser afectados, de desear sentir el peso de algún dolor o placer; antes bien, queremos distanciarnos de las dos orillas, pero nos encontramos confundidos ante las muchas propuestas de experimentación individual que ha traído consigo la modernidad; y para eso recurrimos al deleite. Entonces,

el sentido de sí mismo y de la historia del hombre moderno «se convierte en un instinto para todo, en un gusto por probarlo todo». En este punto se abren muchos caminos. ¿Cómo encontrarán los hombres y las mujeres modernos los recursos para hacer frente a su «todo»? Nietzsche apunta a que hay muchos «Little Jack Horners» por todas partes, cuya solución al caos de la vida moderna es intentar no vivir en absoluto: para ellos ser mediocres es la única moralidad que tiene sentido¹⁷.

Es por esto que he mencionado antes que hay características que pueden ser perjudiciales para nuestra historia, esa en marcha, la que estamos creando; En este caso, es el deleite, como característica moderna, el que cumple el papel de frenar nuestras iniciativas y las acciones, manifestaciones de nuestras decisiones definitivas por experimentar estéticamente nuestro entorno para adquirir conciencia del mismo. Esto resulta perjudicial porque la pérdida de un sentido estético que relacione aquello que ocurre en las esferas íntimas del ser humano —sus gustos y placeres— con lo que ocurre en el exterior —compartido con otros seres— imposibilita la emergencia de una acción que surja de la capacidad de asustarnos por lo que ocurre, de

¹⁶ BERMAN, Marshall (1991), p. 10.

¹⁷ BERMAN, Marshall (1991), p. 9.

sentir horror por lo que se avecina o bien, de sentir agrado y empatía que se buscan prolongar. No tenemos posición fija ni oposición que determine alguna en absoluto, que fomente nuestros deseos por entender, a partir de lo que sentimos, nuestra vida y lo que en ella pasa; nadamos interminablemente en futuras esperanzas evitando, ocuparnos del sentir en el ahora; “una simultaneidad fatal de primavera y otoño [...] Nuevamente hay peligro, la madre de la moralidad —un gran peligro— pero esta vez trasladado a lo individual, a lo más cercano y más querido, a la calle, a nuestro propio hijo, nuestro propio corazón, nuestros más internos y secretos reductos del deseo y la voluntad.”¹⁸.

La Modernidad empezó con la reformulación de la cultura bajo el precepto de la libertad; se alzaban enérgicos enfrentamientos a favor de un tipo de hombre nuevo “para quien se hayan abolido los sufrimientos morales, la bondad de corazón, el afecto y el amor, esos venenos corrosivos de la energía vital [...]”¹⁹; pero luego toda esta fiereza desembocó en peonaje, en servilismo. En el caos se perdió la oportunidad de manifestación de los diversos gustos, y del gusto general y convergente de nuestra sensibilidad común, se perdió el *placer*, se perdió el *dolor* y se le dio la bienvenida al *deleite*.

Es irónico y contradictorio, polifónico y dialéctico, denunciar la vida moderna en nombre de los valores que la propia modernidad ha creado, esperar —a menudo contra toda esperanza— que las modernidades de mañana y pasado mañana curarán las heridas que destrozan a los hombres y mujeres de hoy²⁰.

¹⁸ BERMAN, Marshall (1991), p. 9.

¹⁹ MARINETTI, F. T., citado en BERMAN, Marshall (1991), p. 12.

²⁰ BERMAN, Marshall (1991), p. 10.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BERMAN, Marshall.

(1991) *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. Bogotá: Siglo veintiuno editores.

BURKE, Edmund.

(1995) *De lo sublime y de lo bello*. Barcelona: Altaya.

LOCKE, John.

(1999) *Ensayo sobre el entendimiento humano*. México: Fondo de Cultura Económica.

PARRA, Lisímaco.

(2007) *Estética y modernidad. Un estudio sobre la teoría de la belleza de Immanuel Kant*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.